



Nadie en Tenhan

Por Juan Manuel Valitutti

-¿Y la gran aventura de mi tiempo, los viajes espaciales? -le dije.
-Hace ya siglos que hemos renunciado a esas traslaciones, que fueron ciertamente admirables. Nunca pudimos evadirnos de un aquí y de un ahora. -Con una sonrisa agregó-: Además todo viaje es espacial. Ir de un planeta a otro es como ir a la granja de enfrente. Cuando usted entró en este cuarto estaba ejecutando un viaje espacial.

Utopía de un hombre que está cansado
Jorge Luis Borges

Atardecía.

Mi tutor y yo arribamos a Altharan, bordeando la ribera del Ghinn. Los soles gemelos eran visibles todavía, más allá de las altivas Selenas, cuando enfrentábamos los portones occidentales que se abrían a las terminales del Puerto Espacial.

—¡Vamos, muchacho! —Mi tutor se detenía de trecho en trecho, mientras yo avanzaba como podía, entre las hojas caídas y los frutos secos de los árboles otoñales, que trazaban el límite con las desnudas pistas de desembarque.

De pronto, salimos a un claro del bosque y, con más holgura, nos dispusimos a completar el trayecto restante hacia las dependencias de arribo. No avanzamos veinte pasos cuando yo reparé en la inesperada presencia. Me detuve en seco, y otro tanto hizo mi tutor.

Nos encontrábamos frente a un hombre, sentado en el extremo de un largo banco. Pero había algo raro en él...

—¡Mire! —dije yo—. ¡Tiene tres piernas!



—¡No seas tonto, muchacho! —Mi tutor reía entre dientes.

Al acercarnos, comprendí mi error. El curioso hombre —un anciano ya— adelantaba un bastón negro como la inminente noche.

Cuando estuvimos a su lado, sólo uno de los dos astros nos alumbraba desde el perfil ensombrecido de las cumbres montañosas.

—Buenas tardes, caminante —saludó mi tutor—. ¿Deseas nuestra atención?

Esperamos una respuesta. Mi tutor conocía las costumbres de Altharan, aunque tuviera dudas sobre el origen del desconocido, a juzgar por lo insólito de su atuendo, de corte sencillo, y negro.

El interpelado abrió la boca:

—¿Es ése el Charles? —preguntó, señalando los afluentes mermados del Ghinn.

Mi tutor y yo nos miramos. Nuestra respuesta fue negativa.

—¿Es el Ródano? —tanteó.

Negamos, nuevamente. Pero nuestro interlocutor no bajó los brazos.

—¿Es el Leteo! —afirmó, esperanzado.

—No —respondió mi tutor, con visible impaciencia—. Es el Ghinn.

El anciano pareció decepcionado, pero entonces preguntó:

—¿Qué es lo que dijo el muchacho cuando me vio?

Mi tutor me tomó por el hombro.

—Él pensó que era usted alguna clase de... ser, con tres piernas. Discúlpelo, se lo suplico. ¡Algunas veces su imaginación se adelanta a su visión!

El extraño esbozó una sonrisa de oreja a oreja.



—Tres piernas... —susurró, empuñando su bastón—. ¡No otra cosa es el enigma del hombre al anochecer de sus días! —Los llamativos ojos se clavaron en nosotros—. Es una pena que el Trágico nos reservara al tebano y a mí la más cruda tiniebla para el *mutis*, ¿no lo creen?

Yo permanecía absorto, pero comprendí entonces que el anciano estaba ciego; mi tutor, por su parte, mostraba signos de ansiedad.

—Llevamos prisa, caminante, así que...

—¿A dónde se dirigen?

Mi tutor señaló con el dedo.

—Nos encaminamos al Puerto Espacial de Altharan. Debemos abordar un navío que nos depositará en Tranios, la cuarta luna del Sistema. —Mi tutor vaciló—. ¿Se dirige también a Tranios, a la Convención de Filosofía?

El extranjero —a esa altura no me cabían dudas de que hablábamos con un viajero— no contestó de inmediato; en cambio, pareció sumirse en hondas reflexiones.

—Estaba sentado en una banca de la Plaza San Martín, pergeñando la trama para un cuento, cuando de pronto me hallé en... Altharan, platicando con ustedes, señores. —El forastero volvió a centrar su atención en nosotros—. ¿Hablan Latín?

—Hablamos el lenguaje de nuestros abuelos, y el de los abuelos de nuestros abuelos, desde los tiempos en que los Primeros llegaron a este planeta, procedentes de un mundo que hoy ya no existe.

El anciano paseó los ojos muertos a su alrededor.

—¡Entonces esta es la vasta región donde habita el monstruo verbal que los americanos del norte llaman ciencia ficción! —celebró, enigmáticamente.



Mi tutor me rodeó con el brazo, impeliéndome a que continuáramos nuestro camino; yo iba a protestar, porque no me parecía que pudiéramos dejar a ese hombre varado en medio de la nada, cuando el viejo invidente pareció adivinar lo que se avecinaba.

Se puso en pie y dijo:

—Me dirijo a Tranios, a la Convención de Filosofía. Iré con ustedes.

Yo me adelanté y le ofrecí el brazo a nuestro acompañante.

En el camino a las dependencias de arriba hablé de... ¡Literatura! Nos preguntó si teníamos noticias de Edgar Allan Poe, de William Shakespeare, de Dante, de Bernard Shaw... No le sorprendió ni disgustó que mi tutor y yo desconociéramos tales nombres. De todas formas, cuando cruzábamos los enormes pórticos de la recepción, hizo un último intento:

—¿Y Jorge Luis Borges?

Recuerdo su beneplácito, cuando le comunicamos nuestra negativa.

—¡Óptimo! —juzgó.

Las plataformas bullían con el gentío de múltiples galaxias.

Mi tutor divisó la nave que debíamos abordar, y se adelantó para hablar con su capitán.

Yo me quedé rezagado, del brazo con mi imprevisto acólito.

—¿Cómo se llama usted, joven? —me preguntó.

—Mebbell —respondí.

—Mebbell... —pronunció con lentitud, como si paladeara el significado recóndito de mi nombre. Inmediatamente, agregó—: Mebell, no puedo... no debo ir con ustedes a Tranios; debo, en cambio, ir a mi casa.

—¿A dónde se dirige usted? —inquirí.



—Bastará con que no me dirija a Tranios —dijo—, y estaré en la voz griega cuyo significado es no hay tal lugar. —El desconocido pareció inferir mi desconcierto, puesto que rápidamente añadió—: Súbeme a cualquier nave cuyo destino no sea la cuarta luna del Sistema.

Le expliqué al desconocido que tal operación no era tan simple como él suponía. ¿En qué nave debía enlistarlo y con qué destino? Le mencioné los acorazados que circunvolaban la órbita del planeta y que desempeñaban la doble misión de controlar el tránsito y ofrecer una vista panorámica de nuestro mundo a los visitantes; pero le aclaré que, esa clase de desplazamientos, no equivalían a verdaderos viajes espaciales.

Me dedicó una sonrisa que no olvidaré:

—Muchacho —me dijo—, cuando tú y yo penetrábamos estas instalaciones estábamos realizando un viaje espacial. —Se adelantó a mi nuevo estado de consternación, e insistió—: Los acorazados estarán bien: de seguro me llevarán de Altharan a los espacios insondables del cuento.

Busqué los diques. Los hallamos.

El anciano se encaminó por la plataforma que ascendía al carguero, escoltado por un servicial nahoniano. Yo repasé su trayecto desde las barreras de avisaje. Cuando cruzó el umbral de entrada se volvió y, sin verme, me interpeló:

—¿Cuál es el nombre de este planeta?

—Tenhan —respondí. Entonces pensé que el anciano se iría sin yo saber su nombre—.

¿Cómo se llama usted?

El anónimo caballero no me oyó, pero el amable nahoniano le comunicó mi requerimiento.



Pareció en ese punto adentrarse en profundas cavilaciones antes de responder a mi interrogante.

Finalmente, levantó la vista gélida y me dijo, con una expresión satisfecha en el rostro afable:

—Mi nombre, muchacho, es Nadie... —Las compuertas se cerraban y yo vi desaparecer poco a poco al extraordinario viajero—. ¡Cuida muy bien a tu tutor y esfuézate en recordarle que no sabe nada, y que todo lo que podemos hacer es fatigar las gratas sendas del olvido! — Nadie levantó su mano y se despidió.

La masa del carguero se elevó con un silbido.

Me quedé mirando, atónito, el punto de luz que se alejaba cada vez más, hasta que una voz a mis espaldas rompió el conjuro.

—¿Dónde estabas, Mebbell?

Me volví. Mi tutor no esperó respuesta. Se encaminaba ya al ala norte de la plataforma, donde debíamos abordar nuestro navío.

Yo lo seguí, muy de cerca.

Me sentía extraño; pensé que todo había sido un sueño. Sin embargo, aun después de abordar la célula que nos condujo al interior de nuestro transporte, persistía en mi brazo la presión de cinco dedos finos y sabios.

Autor: Juan Manuel Valitutti, Argentina.

Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com